

«Chupa volvió á armar gente suya para robar á la hija del difunto obispo del Mans, Badegiselo, con la cual queria casarse. A este fin entró con su banda de noche en la hacienda de Mareuil (1); pero Magnatruda, madre de la jóven, habiendo previsto el caso, se arrojó con sus criados sobre los agresores y los derrotó, matando é hiriendo á muchos, de suerte que Chupa tuvo que regresar corrido á su casa.»

Se ve tambien por este episodio que en el reino franco, tan ensalzado por tantos escritores, cada franco atropellado se defendia como podia, y con tal que no salieran perjudicados los intereses del rey ó los agraviados no le pidiesen justicia, nadie se mezclaba en estos asuntos particulares, aunque resultasen batallas con muertos y heridos.

«En Clermont-Ferrand se quebraron una noche, por la voluntad de Dios, las cadenas de los presos; se abrieron las puertas de la cárcel y los presos salieron y corrieron á refugiarse en la iglesia. Eulalio mandó ponerles cadenas nuevas (se entiende, en el asilo sagrado), pero éstas se quebraron tambien al instante como frágil vidrio, y por la intercesion del obispo fueron declarados libres y pudieron salir de la iglesia.»

Nada podemos decir sobre este como sobre los demás milagros que el historiador de Tours refiere en sus obras con toda la buena fe de cristiano creyente; pero la intervencion de tanto milagro en la liberacion de presos, que raras veces eran dignos de la libertad, no dejaba de tener, como el derecho de asilo y hasta la autoridad del clero, sus inconvenientes; pero éstos desaparecian ante la magnitud de su influencia civilizadora incesante y su solicitud y caridad para con los pobres.

«En la mencionada ciudad condonó el rey Childeberto, por impulso de su devocion liberal, las contribuciones atrasadas á las iglesias, conventos y al clero, pertenecientes á ellos, así como á los eclesiásticos y otras personas que cultivaban fincas de la iglesia; porque los recaudadores del gobierno (2) habian venido muy á menos á causa de la dificultad é imposibilidad de recaudar nada de los habitantes, esquilados y arruinados por tan larguísimo período de desorganizacion radical, por el cambio contínuo de dueños de la propiedad inmueble y la contínuo division de ésta. El rey, deseando, por inspiracion de Dios, mejorar tal estado de cosas, ordenó que los recaudadores no fuesen en adelante responsables al fisco de las contribuciones que correspondian á las fincas de la iglesia, y que no se expulsara de estas fincas á los que las cultivaban si eran morosos en el pago de las contribuciones que les tocasen.»

Los colonos de la Iglesia y los que en retribucion de determinados servicios recibian de ella algun campo, huerto ó viña para mantenerse con su producto cultivándolos, pagaban además á la Iglesia, en señal de dominio, un censo, y al gobierno la correspondiente contribucion territorial. Estos colonos llegaron con el tiempo á ser propietarios de sus respectivas fincas, pudiéndolas dejar á sus herederos y aun repartirlas, salvo siempre reconocer el dominio de la Iglesia por medio del censo y probablemente á cada cambio de propietario por un laudemio. El rey no podia expropiar á estos contribuyentes morosos, como se comprende, ni menos confiscar sus bienes. Contra ellos eran, por lo mismo, impotentes los contratistas de recaudacion, que habian de pagar, no obstante, de su bolsillo al tesoro real los descubiertos. A todos estos condonó el rey los atrasos, pero sin eximirles en adelante de la contribucion territorial.

(1) Segun Lounnon Mareuil-sur-Loire, departamento del Sarthe.

(2) Los francos habian conservado el sistema tributario romano, segun el cual, los recaudadores habian de suplir de su bolsillo los descubiertos que resultaban.

»En Javols y Rhodéz, en el confin del territorio de Clermont-Ferrand, se celebró un sínodo para examinar y resolver el asunto de Tetrada, viuda de Desiderio, de la cual el gobernador Eulalio reclamaba los efectos que se habia llevado de su casa cuando se escapó de ella. Juzgo conveniente referir desde su origen cómo Tetrada abandonó á Eulalio y cómo volvió al lado de Desiderio.

»Eulalio habia tenido siempre mala conducta desde jóven y teniendo su madre que reprenderle con frecuencia, cobró odio á aquella á quien hubiera debido amar. Pasaba la madre mucho tiempo y hasta noches enteras en la capilla de su casa, cuando todos los criados dormian, orando, vistiendo cilicio y llorando. Allí, pues, fué encontrada por los criados una mañana estrangulada. Nadie podia dar razon de quién habia perpetrado este crimen, pero la opinion general acusó al hijo. El obispo de Clermont, Cautino, al saberlo, excomulgó á Eulalio; pero éste se arrojó á sus piés, en presencia de los vecinos de la ciudad, cuando la fiesta del santo mártir Julian, y se quejó de haber sido excluido de la comunión de la Iglesia sin ser oido, y entonces el obispo le permitió asistir á la misa como los demás; pero cuando se aproximó al altar para tomar tambien la comunión, le dijo: «La voz del pueblo te designa como parricida; yo ignoro si has cometido este crimen ó no, y por lo mismo dejo á Dios y á San Julian jueces en esto; si como dices eres digno de comulgar, aproxímate y toma una parte del sagrado pan, y pónlo en tu boca; ¡Dios ya vé tu conciencia!» Eulalio tomó el pan, lo comió y se marchó.»

El obispo que en virtud de su autoridad, concedida por los cánones á todos los obispos y ejercida por ellos en todos los países católicos, habia castigado á un sujeto poderoso del país con la excomunion por la simple sospecha de ser asesino de su madre, retiró la pena impuesta, sometiendo al acusado á la prueba de la Eucaristía, especie de ordalía en que esperaba el prelado que Dios y San Julian ahogarian á Eulalio con el pan sagrado en la garganta, si era culpable; pero éste lo comió y se marchó, por lo visto, lavado ya de toda culpa.

»Este Eulalio estaba casado con Tetrada, cuya madre era de noble condicion y el padre de condicion inferior. Gustándole mas las siervas de su casa que su esposa, empezó Eulalio á menospreciar á ésta, y hasta la maltrataba á menudo; y tambien gastó el oro y las preseas de su mujer para satisfacer las muchas deudas que frecuentemente se acarrea con sus muchas maldades (3). Hallándose la mujer en situacion tan aflitiva y precaria, sin que nadie le tuviera respeto en la casa de su marido, la solicitó en ausencia de éste, que habia ido á ver al rey, el sobrino de Eulalio, llamado Viro, que habia perdido á su mujer, y la queria tomar en su lugar, y la envió, por temor á su tío, á casa de Desiderio, para casarse mas adelante con ella. Tetrada aceptó, y dejando el hijo menor en la casa, se llevó el mayor y todo el oro, plata, vestidos y cuanto tenia su marido y ella podia llevar. Cuando Eulalio estuvo de regreso y supo lo que habia pasado, mantúvose algun tiempo sosegado, pero despues cayó sobre su sobrino Viro en las gargantas de las montañas de Auvernia y le mató.

»Cuando Desiderio supo el fin de Viro, tomó por mujer á Tetrada, porque hacia tambien poco tiempo que habia perdido la suya. Eulalio, por su parte, robó una monja de un convento de Lyon y se casó con ella; pero celosas las mozas con las cuales se divertia, turbaron su espíritu, segun

(3) Indemnizaciones á los deudos de los atropellados ó muertos segun la costumbre germánica, determinadas en las asambleas de los guerreros.

se dice, con algun maleficio. Al cabo de algun tiempo Eulalio atacó y mató alevosamente á Emerio, primo de la monja robada, y luego á Socracio, hermanastro de su suegra, porque su madre habia sido concubina de su padre. Muchos otros crímenes cometió, que por no ser difusos pasamos por alto.

»El hijo mayor de Eulalio, á quien Tetrada se habia llevado á casa de Desiderio, y que se llamaba Juan, huyó de la casa de Desiderio y vino á Clermont; y como á la sazón solicitara Inocencio el obispado de Rodez, su padre Eulalio le dió el encargo de recobrar con el auxilio de este Inocencio los bienes que le pertenecian en el territorio de esta ciudad (1); pero Inocencio le contestó: «Si me das un hijo tuyo para que le dedique á la carrera eclesiástica y le conserve á mi servicio, haré lo que pides.» Eulalio le entregó entonces á su hijo Juan y recobró sus bienes. El obispo tomó al jóven, le rapó la cabeza y le entregó al arciano de su iglesia. El muchacho se sometió á penitencias tan duras, que en lugar de pan de trigo comia pan de cebada, en lugar de vino bebía agua, en lugar de montar á caballo, montaba un borrico y se vestía con las ropas peores.

»Cuando, segun dijimos, se reunieron los obispos y grandes en el confin del país en las ciudades que mencionamos, estuvo Tetrada representada por Agino (2), y tambien se presentó Eulalio para exponer su queja y reclamar las cosas que Tetrada se habia llevado á casa de Desiderio. Decidíose que Tetrada restituyese con cuatro tantos mas lo que se habia llevado, y que los hijos que habia tenido de Desiderio fuesen considerados como nacidos fuera de matrimonio. Además la asamblea determinó que si ella pagaba á su marido lo que se le habia fijado, podria pasar á Clermont y poseer libremente y sin merma la parte que le tocaba de la herencia de su padre. Así se hizo tambien.»

La sentencia de la asamblea es evidentemente en cuanto se refiere á intereses materiales, un simple arbitraje, sin basarse sobre ley alguna; pero lo curioso es que componiéndose la asamblea principalmente segun parece de obispos, declaró á los hijos que Tetrada habia tenido con Desiderio como nacidos fuera de matrimonio, probablemente para asegurar la herencia de su padre á los hijos legítimos de Desiderio, y nada dijera sobre los adulterios de Tetrada, Desiderio y Eulalio, ni de los bienes de Tetrada derrochados por Eulalio y de los cuales éste, segun la ley romana, prescindiendo del derecho germánico, no podia disponer á su arbitrio.

«En este tiempo los bretones cometieron atrocidades sin cuento en las inmediaciones de las ciudades de Nantes y de Rennes. El rey Gontran convocó la fuerza armada contra ellos y nombró para conducirla á los jefes Bepoleno y Ebrario. Este último temia que si alcanzaban la victoria, Bepoleno vendria á ser el jefe único de los distritos de ambos, y movido por este temor empezó á reñir con su colega, de suerte que en todo el camino se dijeron improperios, denuos y maldiciones, al paso que ellos y los suyos cometian (en país amigo y propio) innumerables atrocidades saqueando, incendiando y matando. Finalmente, despues de pasar el rio Vilaine, llegaron al rio Oust (3) y le atravesaron por un puente que hicieron con los materiales de las casas mas inmediatas que á este fin derribaron. Habíase agregado á Bepoleno un sacerdote, que le dijo: «Si quieres seguirme, te conduciré donde están Varoco y todos los bretones reunidos en un mismo sitio.»

(1) Es decir Rodez.

(2) Un jefe de la fuerza armada, segun dice Gregorio en otra parte.

(3) Afluente del anterior.

»Fredegunda odiaba á Bepoleno desde larga fecha, y al saber que conducía una hueste (contra los bretones) habia enviado emisarios para excitar á los sajones del país de Bayeux á cortarse el cabello, vestirse á la manera de los bretones y marchar así al auxilio de Varoco. Bepoleno atacó con los que de su hueste habian querido avanzar con él, y en dos dias mató á muchos bretones y sajones de los que acabamos de hablar; pero Ebrario se habia retirado con la mayor parte de la hueste, decidido á no auxiliar á los que habian avanzado con Bepoleno hasta que éste hubiese sucumbido á manos del enemigo. Al tercer dia de lucha, cuando todos los que estaban con Bepoleno habian perecido y él solo aunque herido se defendia todavia con su pica, arrojóse Varoco con la gente mencionada sobre él y le mató; porque habia encerrado á Bepoleno con su gente en angosto sendero entre pantanos, en los cuales perecieron muchos mas de los que cayeron por mano de los enemigos.

»Entonces avanzó Ebrario hasta la ciudad de Vannes, donde salieron á recibirle por orden del obispo Regalis los clérigos con las cruces en procesion cantando salmos. Corrió entonces la voz de que Varoco, queriendo poner en seguridad su oro, plata y demás riquezas en una isla, los habia cargado en buques que luego se fueron á pique con todos los tesoros en alta mar; pero en Vannes presentóse Varoco á Ebrario con rehenes y muchos regalos solicitando la paz y prometiendo no hacer en adelante nada en perjuicio del rey Gontran. Cuando se hubo marchado, prestaron tambien juramento de sumision y obediencia el obispo Regalis, su clero y los principales de la ciudad, y el obispo dijo: «Ninguna culpa hemos cometido contra los reyes nuestros amos, ni nunca nos hemos dejado llevar de la soberbia hasta proceder en daño suyo, sino que somos cautivos de los bretones y llevamos el yugo pesado que nos imponen.» Hecho el convenio entre Varoco y Ebrario, dijo el primero: «Ahora volved á vuestro país y decid que en adelante, sin que sea menester emplear conmigo la fuerza, haré todo lo que el rey tiene ordenado, y á fin de que me creais os daré en rehenes á mi sobrino.» Así lo hizo y cesó la guerra, en la cual habian perecido gran número de hombres, tanto de la hueste del rey como de los bretones.

»Cuando el ejército franco hubo emprendido su marcha de regreso y los mas robustos habian pasado el rio, quedando al otro lado los mas débiles y pobres de la hueste, que no pudieron pasar tan fácilmente (4), Varoco, sin cuidarse de su juramento ni de los rehenes que habia dado, envió á su hijo Canao con una hueste á atacarlos. Los que resistieron fueron muertos; algunos que teniendo un caballo trataron de pasar el rio, de impetuosa corriente, fueron llevados por ésta al mar, y los demás fueron atados y llevados prisioneros. Muchos de estos fueron puestos en libertad despues por la esposa de Varoco, la cual les manumitió solemnemente con cirios encendidos (5) y regresaron á su país.

»Los que habian pasado el rio con Ebrario no quisieron regresar por el mismo camino que habian llevado á causa de las represalias que temian de los habitantes, á quienes tanto habian vejado. Tomaron, pues, la direccion de Angers con intencion de pasar el rio de Mayenne á favor del puente que

(4) Los francos pobres que no tenian cabalgaduras para sí y los suyos, hermanos ó siervos, etc.

(5) Entre los francos solia efectuarse comunmente la manumision de los esclavos ó siervos en las iglesias, teniendo encendidos los cirios y dando á cada liberto un certificado del acto escrito en una tablita. Llamábanse estos manumisos *tabularios*, ó *cerarios*, cuando pagaban á la iglesia una contribucion en cera. Es evidente que esta ceremonia era galo-romana y la usaban tambien los bretones, segun se vé por el presente pasaje.

allí había; pero un peloton que pasó primero fué acuchillado y saqueado junto al mismo puente. Cuando el resto de la hueste armada atravesó el territorio de Tours ocupóse en robar cuanto podía, porque los habitantes no habían tenido tiempo de prepararse. Muchos también abandonaron la partida y se presentaron al rey Gontran acusando al jefe Ebrario y al gobernador Viliario de haber recibido dinero de Varoco y ser causa de la pérdida del ejército, por cuya razón el rey reconvinó á Ebrario duramente y le echó de su presencia, mientras Viliario (1) se puso en salvo y se mantuvo oculto.»

También nos ofrece este episodio un retrato admirable de los francos. La reina viuda Fredegunda desconoce tan completamente lo que debe á la raza franca, en una parte de la cual ha reinado con su marido, que contribuye á la victoria de sus vecinos celtas sobre el ejército franco solo porque odia á uno de sus caudillos. Uno de estos jefes francos deja matar al otro y á su tropa para que no llegue á ser caudillo único y despues jefe de la fuerza armada en los distritos de ambos. La hueste del rey devasta de tal manera su propio país, que al regresar de su expedición, la poblacion rural se subleva y persigue á las tropas reales como perros y lobos feroces; y el rey se contenta con reñir al caudillo acusado de traición y echarle de su presencia sin informarse si la acusación es fundada ó no.

»En el décimoquinto año del reinado de Childeberto, el rey Gontran al cazar en los Vosges encontró las huellas de un búfalo muerto por algun cazador extraño; y preguntando al guarda quién se había atrevido á cazar en una selva perteneciente al rey, supo que había sido Cundo, su propio ayuda de cámara (*cubicularius*). Este fué preso, encadenado y conducido á Chalons, donde el rey careó al acusado con el acusador, y habiendo negado el primero la verdad de la acusación, el rey mandó que los dos mantuviesen su respectiva declaración en combate singular. El ayuda de cámara nombró en su lugar á su sobrino, y puestos ya éste y el guardabosque en el campo designado, el jóven arrojó su venablo al otro, el cual, con un pié atravesado, cayó al instante de espaldas en tierra. Entonces su contrario sacó el puñal que pendía de su cintura para hundirlo en el cuello del herido; pero éste tuvo tiempo de hundirle el suyo en el vientre y ambos quedaron tendidos y murieron. Al ver esto Cundo, huyó de allí con intención de refugiarse en la basílica de San Marcelo (de Chalons), pero el rey gritó que le prendieran antes de que llegara al umbral sagrado; así se hizo, y Cundo fué atado á un poste y lapidado. Despues el rey se arrepintió muchísimo de haber hecho matar en un momento de ira tan precipitada é irreflexivamente á un hombre tan fiel y tan irremplazable por una falta tan leve.

Este suceso es interesante, principalmente bajo dos puntos de vista: el del derecho de propiedad, que comprendía el exclusivo de la caza, y el uso del desafío jurídico.

No hay que pensar que el rey tuviese entonces, segun los usos antiguos germánicos, el derecho exclusivo de caza; pero ya denota un gran paso en la senda de la civilización la idea de que la propiedad inmueble, á lo menos la del rey, y es de suponer también la de los demás francos, comprendía la caza como parte inseparable de la misma propiedad, cuando antes, en los períodos en que los francos vivían sedentarios ó semisedentarios, solo habían conocido desde su época primitiva el derecho de la tribu al terreno que ocupaba. Siglos despues los reyes prohibieron la caza en los bosques de su propiedad bajo la multa de sesenta sueldos de oro, y, en caso de insolvencia, conforme á la antigua costumbre, el delin-

(1) Gobernador de Orleans y despues ó antes de Tours.

cuente quedaba reducido á la condicion de siervo del lastimado. Posteriormente los reyes se apropiaron el derecho exclusivo de caza en los bosques y territorios comunes ó sin dueño, y finalmente, en todo el territorio de su reino, especialmente respecto de determinadas clases de caza, primero ó en algunos países como propietarios superiores y originales de todo el territorio y de lo que había en él, y despues bajo el título de soberanos.

En el curso de la obra de Gregorio de Tours hemos visto que todos los francos libres, y con mas razón los principales por su posición y riqueza, tenían el derecho de justificar su inocencia, aun en las acusaciones mas graves y cuando su culpabilidad era evidente, por medio del juramento con cierto número de fiadores, que juraban también; pero en el caso de que aquí se trata nadie apela á este uso, sino que de orden del rey, acusador y acusado tratan de probar la verdad de lo que dicen por medio de singular combate, apelando á lo que entonces y despues se llamó el juicio de Dios. El acusado puede poner á un deudo suyo en su lugar, quizás porque era viejo, lo cual no excluía que hubiese sido todavía apto para cazar por medio de algun lazo, un búfalo ó toro silvestre. Nada de particular tiene que Cundo, el acusado, huyera y tratara de tomar asilo sagrado al ver el éxito, aunque para nosotros ambiguo, de la lucha, éxito que daba á su irritado amo pretexto para condenarle á muerte.

»En la basílica de San Marcelo, de Chalons, residencia favorita del rey Gontran, tanto que se solía llamar esta ciudad, aunque erróneamente, la capital de su reino, había depositado este rey un copon (*ciborium*) de grandes dimensiones y de un peso extraordinario, adornado de muchas piedras preciosísimas. Gontran le había destinado al sepulcro de Cristo en Jerusalem, pero aun no había podido remitirlo allí. Esta joya había sido fabricada con una parte de los inmensos tesoros enterrados en tiempos antiguos en aquella montaña que durante el sueño del rey su alma había visitado en forma de animalito, tesoros que despues hizo sacar.»

El tesoro encontrado por Gontran habrá sido una realidad (2). Pudo muy bien haber sido enterrado en aquella montaña en tiempo del imperio por alguno de los pretendientes ó algun jefe de las muchas tribus bárbaras que habían invadido la Galia, y la ignorancia del pueblo, siempre dispuesto á inventar leyendas, se explicó el rico hallazgo de la manera que queda dicho.

»Clotario, el hijo del difunto rey Chilperico, cayó gravemente enfermo, tanto que se desesperaba de salvarle y hasta se participó al rey Gontran su fallecimiento, por cuyo motivo éste partió de Chalons y se dirigió á Paris; pero al llegar al territorio de Sens supo que el jóven estaba fuera de peligro, y entonces regresó á Chalons. Fredegunda, al ver á su hijo desahuciado, había prometido muchísimo dinero á la basílica de San Martin, y con esto se puso mejor el niño. Además, la reina había enviado mensajeros á Varoco pidiéndole que para salvar la vida de su hijo pusiese en libertad á los prisioneros que había hecho á la hueste del rey Gontran, y que eran entonces siervos de los bretones. Varoco hizo lo que la reina le pidió, con lo cual quedó patente que la gran desgracia de aquel ejército y la muerte de Bepoleno habían sido causadas por Fredegunda.»

Las obras de Gregorio de Tours son un verdadero tesoro, porque nos presentan la época y sus personajes principales con una naturalidad tan ingénua que los vemos como si los tuviésemos delante. Aquella fiera humana, Fredegunda, que tanta sangre derramó sin sentir ni remotamente la atrocidad

(2) Pues Paulo Diácono dice que en su tiempo, por el año 790, esta joya existía todavía y que era superior á todo artefacto de oro conocido.

de sus actos ni compasión alguna, solo se conmueve al ver agonizar á sus hijos, menos por amor materno que por no perder su posición de déspota poderosa; vende primero toda una hueste guerrera de su raza solo para perder al jefe que la conducía y á quien ella odiaba, y cuando ve á su último hijo al borde del sepulcro promete oro al poderoso San Martin y pide la libertad de los francos que los bretones habían cautivado, para con esto comprar en aquel trance un milagro del cielo, que recomienda la liberación de los esclavos.

»Cuando Ingotrudis, que conforme hemos expuesto en libros anteriores, había fundado una comunidad de monjas en la plaza de la basílica de San Martin, empezó á enfermar, nombró abadesa á su sobrina, con lo cual excitó grandísimo descontento en el resto de la comunidad. Cuando nosotros (el obispo habla de sí) las reprendimos, se calmaron; pero no hubo reconciliación entre Ingotrudis y su hija Bertegunda, por cuya razón la primera nos conjuró que no permitiésemos á la segunda orar en la tumba de su madre en el convento por ella fundado. Cuando murió contaba á mi parecer 80 años y fué enterrada el 9 de marzo. Vino despues su hija Bertegunda á Tours (léase al convento fundado por su madre en Tours), donde no fué admitida, y entonces pasó á la corte del rey Childeberto solicitando de éste autorización para dirigir el convento en lugar de su madre. El rey, no acordándose de la sentencia que tiempos atrás había dado á favor de la madre, dió á la hija una orden diferente firmada de su propio puño, mandando que todo cuanto habían poseído su padre y su madre y lo que ésta había dejado al convento fuese entregado á su hija Bertegunda, como propiedad suya. Con esta orden vino á Tours y se llevó todo el ajuar del convento, tanto que solo dejó las paredes desnudas. Además reunió una cuadrilla de malvados, gente de toda clase, siempre dispuesta á empresas de robo, para llevarse las cosechas de las fincas y demás donativos hechos al convento por almas piadosas. En fin, apenas se puede contar en su totalidad el mal que allí hizo. Cuando hubo recogido todo lo que hemos dicho volvió á Poitiers, no sin lanzar muchas acusaciones contra la abadesa, que era su parienta mas próxima.

»Había entonces en Paris un diácono llamado Teodulfo que se creía muy sabio en todo y armaba con este motivo grandes disputas. Este hombre desde Paris se trasladó á Angers, donde se puso á disposición del obispo Audioveo, al cual le ligaba una amistad antigua por haber vivido juntos en Paris. Ragnemodo, obispo de esta ciudad, viendo que el diácono no quería regresar á ella á cumplir sus deberes de tal diácono, le excomulgó repetidas veces; pero con esta excomunion solo consiguió que Teodulfo se acogiese mas y mas á la protección del obispo de Angers, que no sabía cómo deshacerse de aquel importuno, porque el obispo era hombre bondadoso y fácil de conmovér. Había construido este prelado un mirador sobre la muralla de la ciudad, y bajando un día de aquel sitio despues de la comida apoyóse con la mano sobre el diácono. Este se hallaba tan embriagado que no podía dar un paso seguro, y enfadándose no sé por qué con el criado que iba delante con una luz, le dió una puñada en la nuca, lo cual hizo perder el equilibrio á ambos, y el criado y Teodulfo cayeron de la muralla. Teodulfo, al caer, asió el pañuelo que el obispo llevaba colgando del cinturón, y el prelado habría caído también si el abad no le hubiese cogido fuertemente de los piés. El diácono cayó sobre piedra, se rompió los huesos, se hundió la caja del pecho y vomitando sangre y hiel expiró. Era hombre muy aficionado al vino y en general disoluto.

»También creció entretanto el escándalo que el demonio había sembrado en el convento de Poitiers. Crodiella, que como hemos referido se había rodeado de asesinos, envene-

nadores, adúlteros y criminales de toda clase, dió orden á estos hombres de penetrar de noche en el convento y de sacar á la abadesa. Esta, al oír el alboroto que se acercaba, se hizo llevar junto al arca en que se guardaba la reliquia de la Vera-Cruz, porque no podía andar á causa de la gota de que padecía en un pié, y creía que la reliquia la salvaría del atropello. Los hombres entraron, encendieron un cirio y con las armas en la mano recorrieron en busca de la abadesa todo el convento. La encontraron en el oratorio tendida en el suelo junto al arca de la Vera-Cruz; uno mas feroz que los demás iba á matarla con su espada, pero otro, guiado por la divina Providencia, segun creo yo, le atravesó con su daga, y el malvado cayó derramando sangre sin poder realizar la iniquidad que estaba á punto de cometer. Entretanto acudió la prepósita Justina (1) con otras hermanas, que cubrieron á la abadesa con el paño del altar que estaba delante de la cruz del Señor, y apagaron el cirio; pero tras ellas entraron también los hombres con espadas desnudas y lanzas, destrozaron los vestidos y hasta las manos de las monjas, cogieron á la prepósita, tomándola en la oscuridad por la abadesa, le arrancaron los paños de lino y la deshicieron la cabellera. Así la condujeron á pesar de su resistencia en dirección de la basílica de San Hilario, para entregarla á los que estaban allí apostados; pero antes de llegar vieron á favor del alba que no era la abadesa, y entonces la volvieron al convento, se apoderaron de la abadesa, la arrastraron fuera y la echaron en la cárcel al lado de la basílica de San Hilario, en el mismo sitio donde estaba alojada Basina. Allí dejaron guardas en la puerta para impedir que nadie diera auxilio á la presa. Siendo todavía bastante la oscuridad, volvieron al convento, y no pudiendo proporcionarse luz, sacaron de la despensa una cuba empegada pero seca en la cual echaron fuego, y al resplandor de la gran llama que se levantó robaron todo el ajuar del convento, dejando luego lo que no pudieron arrastrar fuera. Esto sucedió siete días antes de la pascua de Resurrección.

»El obispo, muy indignado, pero impotente para sofocar sublevación tan diabólica, envió á decir á Crodiella: «Pon en libertad á la abadesa para que no pase estos días en semejante calabozo; de lo contrario no celebrará la Pascua del Señor, ni será bautizado en esta ciudad ningun catecúmeno y si despues de esto no la dejas libre se agruparán á mi alrededor los vecinos de la ciudad y te la arrebatarán á la fuerza.» Crodiella, por toda contestación, dió esta orden á los asesinos: «Matad á todo el que trate de llevarse la abadesa á la fuerza;» pero hallábase entonces allí Flaviano, nombrado poco antes mayordomo, y éste proporcionó la fuga á la abadesa, que se refugió en la basílica de San Hilario.

»Entretanto se cometieron homicidios junto al mismo sepulcro de Santa Radegunda, y delante del arca de la Vera-Cruz; la demencia iba en aumento á medida que se acercaba la fiesta, y por la soberbia de Crodiella, los amotinados cometieron cada día mas asesinatos y otras maldades. Con esto creció también el orgullo de Crodiella, la cual trató á su prima Basina con tanta altanería y menosprecio, que Basina se arrepintió y dijo: «He hecho mal en imitar la soberbia de Crodiella y desobedecer á mi abadesa, porque ahora Crodiella me mira con desprecio.» Entonces humillóse ante la abadesa, le pidió perdón, y en adelante estuvieron las dos unidas como una sola alma. Pronto estalló una nueva reyerta; los mozos del partido de la abadesa, en una colisión que tuvieron con la banda de Crodiella, mataron á un mozo de

(1) La *praeposita* seguía en categoría inmediatamente despues de la abadesa y tenía á su cargo la administración material é interior del convento. Justina era sobrina del obispo historiador Gregorio.